

RAIMUNDO LULIO

por LUIS ARAUJO - COSTA

LA LEYENDA

QUIEN ignora la leyenda de Raimundo Lulio? Dicen que era un caballero cortesano muy dado al amor y a la fastuosidad. Supongamos un Don Juan muy anticipado en el tiempo. El galanteador es, además, poeta y sabe cantar en conceptos sutiles de forma bien torneada las gracias y hechizos de las hermosas. Pretende un día rendir a una dama. ¿Cuál es el nombre de la que se lleva el corazón y el alma de Raimundo Lulio? Núñez de Arce dice Blanca di Castello. Emilia Pardo Bazán, en su *San Francisco de Asís*, la hace genovesa y le da el apelativo bautismal de Ambrosia. Eusebio Anglora la denomina doña Leonor de Claramunt. El impetuoso amador comete el sacrilegio de penetrar a caballo en la iglesia adonde acude el objeto de sus ansias y donde Ambrosia, Blanca o Eleonora se entrega al recogimiento y a la

oración. Ella se descubre el pecho, roído por un cáncer, y el enamorado, como Garín, como Tannhauser, como muchos siglos después Miguel de Mañara o quien fuese el modelo más probable del Tenorio, se hace penitente y toma para sí la misión de convertir infieles a la fe de Cristo hasta que muere lapidado en Bugía, encendido en divinos amores. El tema ha servido a muchos poetas y dramáticos para argumento de obras más o menos celebradas. En 1902 se estrenó en Madrid, en el que entonces se llamaba teatro Lírico y fué después Gran Teatro, una ópera española de *Raimundo Lulio*, libro de Joaquín Dicenta, el autor de *Juan José*, y partitura de Ricardo Villa. La Pardo Bazán no deja de señalar la coincidencia de Raimundo Lulio con Abelardo. Los dos son filósofos, con puesto preeminente en la historia del pensamiento universal. Los dos son agonistas de un lance de amor. Uno y otro han convertido en tragedia el desenlace de sus anhelos. Pero ambos se diferencian más en sus respectivas leyendas que en la realidad de sus vidas. Lulio no incurre en la irregularidad de Abelardo, que le equipara (con Orígenes y Ambrosio de Morales) a los antiguos sacerdotes de Cibele, llamados Coribantes, y Eloísa no mancha la nitidez de su seno con un mal asqueroso.

Nos queda el Raimundo Lulio de la Historia. Mucho más interesante que el de la leyenda, mucho más formado en su hombría, mucho más elevado en el pensar: teólogo, filósofo, poeta, misionero, místico en la escuela de San Francisco de Asís.

LA REALIDAD

34

A Raimundo Lulio se le llama en catalán Ramón Lull. Nace en Mallorca, entre 1232 y 1235, y muere a los ochenta

años, en una embarcación a la vista de su tierra natal, el 29 de junio de 1315. Es un personaje mediterráneo en las coronas de Aragón, Cataluña y las Baleares. Alcanza los reinados de Jaime I el Conquistador (1213-1276), Pedro III (1276-1285), Alfonso III (1285-1291) y Jaime II (1291-1327), y en Mallorca, los de Jaime I (1228-1276), Jaime II (que no es el mismo de Aragón (1276-1311) y Sancho, el nieto en las tierras mallorquinas del triunfador egregio de Valencia y Baleares, así como el otro Jaime II es su nieto en tierras peninsulares. Pertenece Ramón Lull a la nobleza. Sus disposiciones y triunfos en el arte de trovar, apreciados por la leyenda, son efectivos. Es senescal y mayordomo del Infante Don Jaime (el hijo del Conquistador y hermano de Pedro III de Aragón), que ha de ser Jaime II de Mallorca. La isla no se une a los reinos aragoneses hasta el 1343, en tiempo de Pedro IV el Ceremonioso o el del Puñalet. El 25 de octubre de 1349 muere el último Rey de Mallorca, Jaime III, en la batalla Llumayor. Es el argumento de un drama histórico de don Juan Palou y Coll, *La Campana de la Almudaina*, que se estrenó en Madrid en 1859.

La existencia de Raimundo Lulio, apoyada en sucesos y testimonios fidedignos, tiene por documento fehaciente la *Vida Coetánea*, escrita hacia 1311 por su discípulo Tomás Le Myésier. El filósofo comienza siendo casado y padre de familia. Su mujer se llama Blanca Picany. El cortesano comienza a tener visiones sobrenaturales. Aspira a un estado más perfecto que el matrimonio. Amista con San Raimundo de Peñafort, uno de los fundadores de la Merced, y se inflama con el espíritu del franciscanismo. El Santo de Asís había prendido en el aire del siglo XIII el amor a Dios y a toda la obra creada, y de los castillos de los nobles, y de los campos, y de

las aldeas llegan a los claustros franciscanos legiones de gentes con el ideal de una vida perfecta. Para muchos de ellos —porque la vida monástica no conviene a todos— se crea la Orden Tercera de San Francisco, modelo que se aplicó después a las demás Ordenes mendicantes. La divina gracia sigue favoreciendo a Raimundo Lulio, y Jaime II de Mallorca, de quien ha sido senescal, favorece las visiones y los deseos del varón de Dios. Lull aspira a convertir infieles con las armas de la verdad y de la fe en armonía. Aprende el árabe, y en la lengua de Averroes, su enemigo—no su contemporáneo—, se expresa hablando y escribiendo como en la propia suya catalana, de uso a la sazón en las Baleares. Caracterizan al converso—un convertido a vida mejor, no de la impiedad a la creencia—un afán inextinguible de saber y un impulso de comunizar lo que aprende, y en lo que llega a tener maestría a las almas sedientas de luz y de amor. Emprende una serie de viajes, de los que se han hecho gráficos en los mapas, como de los realizados por San Pablo y Marco Polo. Predica en su isla natal de Mallorca, en Túnez, en Siria y Palestina. Es maestro en el París de San Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino. Recorre Italia. Se entrevista con Felipe el Hermoso de Francia. Quiere imponer sus métodos didácticos y cree llegada para ello la sazón oportuna en el Concilio General y Ecuménico de Viena, en el Delfinado, en octubre de 1311, siendo Pontífice Clemente V, el que da nombre a la colección canónica de las *Clementinas*, el que traslada de Roma a la ciudad francesa de Avignon la corte papal. Sufre Lulio tormentos, lo mismo que el Apóstol de las Gentes, y si no da su espíritu al Creador en Bugía, padece allí martirio y males sin cuento. Unos mercaderes catalanes, sus partida-



rios, le arrancan del furor de las turbas, y cuando le conducen a Mallorca muere en el barco el místico sublime.

Su vida es acción y contemplación. Aprende sin cesar, escribe, predica, aborda con valentía los problemas de la ciencia y del alma. No se contrae medroso, como otros muchos, a silogismos estrechos en el rigor de la escuela. El dominico Nicolás Eymerich escribe contra él denunciando en sus obras algunas proposiciones que pudieran parecer heréticas dentro de un tomismo cerrado. Pero Raimundo Lulio ha abrazado la Orden y el pensamiento del Santo de Asís, no los métodos rigurosos de Santo Domingo y la Escolástica aristotélica. El, lo mismo que San Agustín, San Buenaventura y Dunsio Escoto, toma el camino de la verdad por el amor, no el del amor por la verdad. El final es el mismo, pero los métodos y los sistemas difieren. El franciscano se inspira en Platón, no en el filósofo del Liceo, y Lulio procede por iluminación, no por razón. Es el Doctor Iluminado, como Santo Tomás es el Doctor Angélico, San Buenaventura el Doctor Seráfico y Escoto el Doctor Sutil. Lulio aprende a fondo el árabe. Quizá no domina tanto el latín como el habla del Islam. Es el primero en la Historia que compone tratados de Filosofía en lengua vulgar. ¿Es un hereje, o por lo menos un sustentador de opiniones sospechosas, según el criterio de Nicolás Eymerich? ¿No apartará a los buenos cristianos de sus doctrinas el hecho de haberse puesto sus escritos en el *Indice* de Paulo IV? ¿No llevarán duda y desconfianza hacia su obra de sabio la imputación de alquimista y de buscador de la piedra filosofal? No. Raimundo Lulio proclama a los cuatro vientos una doctrina valiente, pero jamás heterodoxa, y las exageraciones emitidas por Eymerich no pasan de un argumento de escuela en la disputa secular de tomistas y escotistas. Los Reyes de

España en la Corona de Aragón y después Carlos V y Felipe II han sido siempre, por tradición, defensores de Raimundo Lulio, y sus obras se sacaron del *Indice* cuando nuestros teólogos y nuestros Monarcas hicieron ver a los Pontífices la pureza de la doctrina luliana. Está probado con poderosas razones que Lulio no fué alquimista y que son apócrifos los tratados de esta pseudociencia a él atribuidos. El Papa Pío IX le ha declarado Beato y no cabe la más leve sombra de herejía en los que suben a los altares y reciben culto público con el beneplácito de la Iglesia, incluso en la jerarquía de Venerables.

Lulio es una gloria de España, un faro luminoso en el que se alumbran y se confortan muchas almas piadosas, encendidas en el afán de sabiduría y en los misterios del amor de Cristo.

EL AMBIENTE

Lulio pertenece al siglo XIII, el siglo de la Escolástica, las catedrales góticas y las *Sumas*. Pero no toda la filosofía medieval es ortodoxa y de recibo para los católicos. Maurice de Wulf, discípulo y continuador del Cardenal Mercier, ha escrito una *Historia de la Filosofía en la Edad Media*, donde van diferenciadas con todo método y precisión las doctrinas escolásticas y las no escolásticas, el pensar pío y las desviaciones de la razón por derroteros peligrosos.

Santo Tomás ha resuelto en un sistema de armonía el problema de los universales, que se origina en un pasaje de Porfirio, traducido por Bolcio y que divide a los pensadores de aquellas centurias en varias escuelas: nominalistas, realistas, conceptualistas. No termina con Santo Tomás el problema de los universales. Se arrastra todavía mucho tiempo por

los estudios de filosofía y, más o menos latentes, se presenta en períodos ya muy alejados por el tiempo de su fuente principal. Durando de San Porcino se inclina al nominalismo y luego, al comentar sus doctrinas en una cátedra especial de Salamanca, explicada algunos años por Fray Luis de León, se le llama a dicha cátedra de nominales. Es una circunstancia muy digna de consideración.

Pero a Lulio, en los finales del XIII y en los comienzos del XIV, más que el problema de los universales, le interesa el averroísmo. El filósofo cordobés del siglo XII, que se estima a sí mismo como el continuador y el *alter ego* de Aristóteles, ha dado en un gnosticismo emanantista por el cual Dios no es el Creador del mundo, ni es Providencia, ni puede tener contacto con los nacidos en esta vida mortal.

Hay una serie de intermediarios entre Dios y el hombre, y nosotros jamás hemos de alcanzar a Dios. El alma, para Averroes, es mortal. Termina al separarse del cuerpo, pero va unida al alma universal, increada, eterna, la misma para todo cuanto existe. Vienen las luchas de los pensadores católicos contra Averroes. Santo Tomás triunfa del árabe cordobés, y a su victoria van dedicados, en todo o en parte, los lienzos de Traini, de Benozzo Gozzoli, del mismo Rafael en la *Escuela de Atenas*. Lulio ha de luchar contra Averroes, que tiene enorme influencia en los países musulmanes. Ahora ya se comprenden sus viajes al norte de Africa, a Siria y Palestina, a las regiones que el Islam señorea.

LAS OBRAS

Escribió Lulio muchos libros de polémica. En Filosofía son notables el *Ars Magna* y el *Arbor Scientiae*, donde se contienen muchos apólogos. Como poeta sobresale en *Lo cant*

de Ramón, *Plant de nostra dona* y el poema didáctico del *Desconort*. Hay, además, el *Livre del gentil e les tres sabis* con influencias del *Barlaam y Josafat* y del *Cuzary*, el *Livre del orde de cavayleria*, imitado por don Juan Manuel (no hay que llamarle Infante) en el *Libro de los Estados* y también en el libro de caballerías, en el más licencioso libro de caballerías que se ha compuesto: *Tirant lo Blanch*.

El *Libro felix de las maravelles del mon* es una verdadera enciclopedia de los conocimientos naturales, y el *Blanquerna*, el libro más celebrado de cuantos compuso Raimundo Lulio en el aspecto literario, es una novela de utopía donde se contiene un doctrinal de los diversos estados: matrimonio, profesión en el claustro, vida cortesana... Sirvió de fuente a Fray Francisco de Osuna para su *Norte de los estados*. Mucho antes de que Cervantes intercalara en el *Quijote*, *El Curioso Impertinente* y *El Cautivo* y como dando motivo ya en menesteres profanos al propio Ludovico Ariosto para que en su poema del *Orlando* introdujera la linda novelita de *El perro precioso*, Raimundo Lulio da en su *Blanquerna* el *Cántico del amigo y del amado*, que Menéndez Pelayo compara con lo más sutil, penetrante y amoroso de San Juan de la Cruz.

Como Lulio representa el arabismo en el siglo XIII, es natural que hayan estudiado a fondo su obra don Julián Ribera y don Miguel Asín Palacios. Hoy sabemos que no pocas ideas y, sobre todo, innúmeras formas esparcidas en los escritos de Lulio tienen por origen relatos de fuentes musulmanas, en la doctrina de los *Sufies*, particularmente el murciano Abenarabí. El *Calila y Dimna* y otras colecciones orientales le sirvieron mucho para *El libro de las bestias*.

Estos son, rápidamente consignados, los escritos de Raimundo Lulio.

EL PENSAMIENTO

El fraile va animado por el espíritu de las Cruzadas. Las ocho expediciones guerreras a Tierra Santa para arrebatarse al poder de los infieles el sepulcro de Cristo y los lugares santificados por su pasión y muerte no dieron el resultado que se buscaba. ¿Por qué entonces no convertir a la fe a los orientales mahometanos, a fin de que los territorios donde se desenvuelven las escenas del Antiguo y Nuevo Testamento tengan por dueños a gentes bautizadas? Raimundo Lulio quiso levantar una nueva Cruzada, como la de Pedro el Ermitaño, y pues encontró dificultades sinfín para la empresa hubo de buscar un sustitutivo en las misiones, en la predicación del Evangelio, en llevar a todos los países de Oriente la ciencia cultivada por entonces en París. El visitó al Papa Nicolás III para que enviase a Tartaria tres misioneros franciscanos; él obtuvo de Honorio IV la creación de un colegio de lenguas orientales; él movió al Rey de Mallorca, Jaime II, a fundar un centro de estudios en Miramar, y los frailes menores de la Regla de San Francisco que allí se instruían marchaban luego a convertir musulmanes y judíos.

Lulio ha asistido en París a las explicaciones de Dunsio Escoto y ha querido en seguida ajustar a férreo aparato de dialéctica todo el pensar sutil del maestro con las distinciones y los matices de una hipercrítica imponderable. No le sigue en todo. Lulio es un místico. Lo acredita su *Canción del amigo y del amado*. Conoce a fondo las *Seis alas de los Serafines* de San Buenaventura y toda la escuela franciscana de las vías para unirse con Dios. Pero estima que en el terreno de la ciencia ha de darse la mayor importancia a la razón, y en el discurso, al silogismo. Era la práctica, la cos-

tumbre, el modo de la época. A la Metafísica se va por la Lógica, y la Teología ha de poner remate en el edificio del humano saber. Se acerca con ello a Santo Tomás de Aquino, pese a la campaña de Nicolás Eymerich. Una cosa es la ciencia y otra el amor. No cabe confundir el ser con los atributos, ni tratándose de los atributos es posible poner en los unos cualidades, accidentes y naturalezas de los otros. Pero es necesario, al mismo tiempo, valorar las relaciones de las diversas facultades, las fronteras que las separan, no siempre fáciles y precisas; las tangentes, las secantes, los senos y cosenos de la trigonometría. Las lecciones de Escoto sirven a Lulio para trazar el gráfico más admirable de geometría y dibujo lineal a que han llegado los hombres.

EL SISTEMA

Pensemos en las máquinas de calcular que se utilizan en los Bancos. Venga al recuerdo la figura de don Leonardo Torres Quevedo, con su jugador de ajedrez mecánico y sus máquinas de acero para resolver ecuaciones. Todo ello, aparte la mecánica, está ya en el *Ars Magna* de Raimundo Lulio.

Pero esta máquina de pensar no se refiere tan sólo a las cantidades matemáticas y a los teoremas supeditados a números y expresión de valor aritmético o algebraico. Aquí entra toda la filosofía y también el conocimiento de Dios. Lulio ha tenido asimismo en cuenta el platonismo de la escuela franciscana. Para Escoto, las ideas tienen dobles ejemplares: uno en la naturaleza y otro en el espíritu, una realidad ontológica y otra subjetiva. Todo ello va a la máquina de Raimundo Lulio, la cual no se limita al dibujo lineal. Encima de cada figura han de ponerse unos discos giratorios con sus radios, sus diámetros, sus sectores, sus elipses, que ya cortan

la circunferencia, ya se desarrollan en el interior del círculo. Estos discos giran y van coincidiendo con otras figuras del papel y, según la posición de cada segmento, se van aclarando estas o las otras ideas. El de Lulio es un sistema de armonía. Muy conocedor de la Escolástica desde sus orígenes y a través de toda su historia, sabe huir del panteísmo, a que llegaron Amalarico de Chartres y David de Dinant, cuando, al continuar la tradición iniciada por el otro Escoto, Escoto Erigena, el Escoto del siglo IX, como el rival de Santo Tomás lo es del XIII, y al llevar a sus últimos extremos las tendencias de Roscelino, Abelardo y Gilberto, incurrieron en un monismo semejante al profesado en la antigüedad por Parménides de Elea y Meliso de Samos. Lulio no es panteísta, pero todo lo reduce a unidad; y como todo ha de entrar por los ojos y ha de tocarse con las manos, sus aparatos dialécticos, en función didascálica, prestaron un gran servicio a la cultura dentro de su complicado mecanismo. Sus letras vienen a ser algo así como sustitutivos de los números en los aparatos automáticos del teléfono de nuestros días. Pero en Lulio hay un alma franciscana encendida en amor, no un simple artificio de relojería o de física, con fines de recreo. El sistema de Lulio es análisis y síntesis. De él ha dicho Menéndez Pelayo: «Engarza con hilo de oro el mundo de la materia al del espíritu, procediendo alternativamente por síntesis y análisis, tendiendo a reducir las discordias y resolver las antinomias, para que, reducida a unidad la muchedumbre de las diferencias (como dijo el más elegante de los lulianos), venza y triunfe y ponga su silla, no como unidad panteística, sino como última razón de todo, aquella generación infinita, aquella aspiración cumplida, eterna e infinitamente activa y pa-

siva a la vez, en quien la esencia y la existencia se compenetran, fuente de luz y foco de sabiduría y de grandeza.»

La lógica, como la geometría plana, son lineales; no reconocen más dimensión que la longitud, ya que en ellas, la latitud a la longitud ha de referirse en un concepto de relativismo. Con el sistema de Lulio, las líneas que se entrecruzan, como en la *Carte du Tendre*, de Mademoiselle de Scudéry, dan noción de todas las cosas del cielo y de la tierra en los límites de cada una y con las relaciones, más o menos intensas, más o menos frecuentes, más o menos razonables, que las unen o las separan. Vive allí el sistema del universo como en una esfera armilar y se descubre el hondón del alma para elevarse a Dios por las vías de la mística. Los gráficos de Lulio son aparatos dialécticos de muy acusada modernidad, no obstante haberse concebido y ejecutado en el siglo XIII o en los primeros años del XIV. ¿No recordamos a Cajal en sus dibujos y explicaciones de histología? Los diagramas de Lulio encierran, en su complicado mecanismo, toda la ciencia de su tiempo y todavía sirven para estudios modernos de filosofía y religión. El árbol simbólico de nuestro Consejo Superior de Investigaciones Científicas, ¿no procede, en su tronco y variedad de ramas, de los gráficos lulianos? Claro que para entender a Lulio es necesario un aprendizaje, cierta paciencia para conocer lo que significan los trazados de curvas que se cortan, se separan y vuelven a cortarse en una rarísima sucesión de perfiles. Las circunferencias concéntricas, tres, cuatro, cinco, en número; las estrellas de catorce puntas; los cuadrados que se les superponen; las coincidencias intrincadas de la bondad y la gloria o la voluntad y la verdad; el manejo del abecedario; los ángulos; la combinación de las rectas, para dar la sensación de esferoidad,

son motivos de entender que piden estudio y paciencia, como si se tratara de un curso de cálculo infinitesimal. Pero allí está todo comprendido. Un genio ha resuelto todas aquellas dificultades. Se ha dicho que Lulio imitaba en estos métodos de explicar a la *kábala* hebraica y a ciertos procedimientos de los antiguos pitagóricos. Antes que en estos orígenes, ¿no cabría pensar en las sutilezas de su maestro Escoto? Por los dedos del franciscano, maestro en París, diríase que se marcha todo como polvillo impalpable que se resiste a ser captado por la humana inteligencia. Y un modo de conocer es fijar por medio de líneas y de símbolos lo que pretende escapar a nuestra comprensión. Difícil es darse cuenta en el Derecho Canónico (no así en el Civil, que es muy fácil) de las relaciones de parentesco con sus grados. Y para dominar la materia se han imaginado unos gráficos que diríanse la tabla de multiplicar de Pitágoras. Es el mismo caso de Lulio con todo el saber de su época. Además—ya se comprende, todo el mundo lo sabe—, los diagramas en las obras del Doctor Iluminado no son sino aclaraciones al texto en un autor que, sin contar las obras de alquimia, falsamente atribuídas a su pensamiento y a su labor, tiene en su activo literario y sapiente más de cien libros sobre todas las regiones de la inteligencia y todos los anhelos del espíritu.

LA PROYECCION

Ha muerto Lulio en 1315. Nicolás Eymerich, el más ilustre y terrible de los enemigos que tuvo en los años inmediatos a su muerte el polígrafo mallorquí, consigue del Papa Gregorio XI, en 1372, que encargue al Arzobispo de Tarragona la recogida de los escritos lulianos, y aún logra Eymerich una bula contra ellos en 1376 del mismo Papa, por su

nombre Pedro Roger de Beaufort, sobrino de Clemente VI. Y viene el movimiento Lulista, la tendencia a la exaltación de Raimundo Lulio. Van a su cabeza Pedro IV el Ceremonioso de Aragón y su hijo y sucesor inmediato en el trono, Juan I, denominado el Cazador y el Amador de la Gentileza. Eymerich, en 1393, fué expulsado de los países sometidos a la corona aragonesa. En 1419, Alfonso V el Magnánimo, el hijo de Fernando de Antequera, elegido en Caspe, obtiene del Pontífice Martín V, elegido en el Concilio de Constanza, con el fin del Cisma de Occidente, lo que se ha llamado la *sentencia definitiva*, donde se anula la disposición de Gregorio XI, sacada, como siglos después el Monitorio de Parma, por subrepción y obrepción. Todos los Reyes de Aragón se convierten en defensores, en discípulos, en continuadores de la tradición luliana. Así Pedro IV y sus dos hijos que sucesivamente ocupan el trono paterno: Juan I y Martín I el Humano; así Alfonso el Magnánimo; así Fernando el Católico; así Carlos V y Felipe II, y así el Concilio de Trento, que en 1563 aprueba la ortodoxia luliana gracias a las razones aducidas por el canónigo de Barcelona Juan Vileta. Para la cátedra luliana de la capital de Cataluña cede todos sus bienes Margarita Pere, y para los estudios con la misma doctrina del sabio franciscano que funcionan en Mallorca se desprenden de sus patrimonios respectivos Inés Quint y Beatriz de Pinós.

No se interrumpe la tradición de lulismo. Un privilegio de Fernando el Católico concede a la isla de Mallorca una Universidad en la que son enseñadas las doctrinas de Raimundo Lulio. Bernardo de Lavimbeta lleva el lulismo a París, mientras lo protege Cisneros en Alcalá, encomendado al profesor Nicolau Pax. No es posible reseñar aquí todas las



manifestaciones del lulismo en la historia del pensamiento universal. Hay quienes en los tiempos modernos lo han combatido, como el alemán Prantl y, lo que es más extraño, el catalán Torras y Bagés. Los lulistas de mayor importancia en los últimos años son: el poeta Jerónimo Roselló, el Obispo don Juan Maura y Gelabert, el canónigo don Salvador Bové, don Diego Ruiz, el P. Otto Keicher y Menéndez Pelayo, que, con términos de perfecta claridad, define su obra, sus ideas, sus doctrinas, sus tendencias, su acción en la Filosofía, en la Teología y en la Mística. No han de ser omitidos los nombres de los arabistas don Julián Ribera y Tarragó y don Miguel Asín Palacios, que han estudiado las relaciones intelectuales de Lulio con el Islam.

Lo más moderno que al Beato Iluminado de Mallorca se consagra es la edición de sus Obras Completas en la Biblioteca de Autores Cristianos (B. A. C.), bajo la dirección del general don Máximo Cuerva de la Reguera y el catedrático don José María Sánchez Muniain. La B. A. C. viene llevando a cabo una labor ingente de alta cultura, en la que no podía faltar Raimundo Lulio. Los esplendores de la España de Franco no se manifiestan tan sólo en la política interna, en la política internacional y en las obras sociales: abarcan también la inteligencia y la sabiduría en todos sus ramos, métodos y formas, y al enfrentarse con la sabiduría española, y aun universal, no cabe prescindir de una figura tan de relieve como la del Beato Ramón Lull, siempre original, siempre moderno.

RAIMUNDO LULIO Y EL CINEMATOGRAFO

Moderno, sí, y el título del presente párrafo lo acredita. Ya llevo muchos años viendo las relaciones entre Raimundo

Lulio y el cine, y mi buen amigo Carlos Fernández Cuenca, autoridad indiscutible en el asunto, ha venido a confirmar tales sospechas. El espíritu del cinematógrafo se encuentra en Raimundo Lulio, y después en Cajal, que tanto se le parece por el método de las explicaciones. El sistema de Lulio es una armonía entre la unidad y la variedad. Puede decirse que no hay otro intento, otro fin, otro ideal en toda ciencia, en todo camino, de la mente y del alma, hacia la verdad. El difunto Marqués de Villaviciosa de Asturias decía esto con una frase muy gráfica y muy pintoresca: «El misterio del uni en el verso.» ¿Cómo enfoca el iluminado mallorquín la antinomia entre lo que es uno y lo que es vario sin perder ningún elemento del componente? Por medio de diagramas, discos giratorios y armilas, que aproximan y alejan, como en un sistema planetario y mediante leyes físicas especiales, los diversos elementos integrantes de la unidad. Para ello el franciscano mallorquín da importancia decisiva a la Lógica, al silogismo, que se ofrece usando el autor dibujos lineales de geometría. Es un método que postula la contigüidad y no continuidad de las cosas. ¿No habla Cajal de la contigüidad y no continuidad de las neuronas? ¿No es toda película una serie contigüa y no continua de fotografías? ¿No hallamos hoy en auge la teoría de los *quanta* de Plank, usada por Einstein para su relativismo?

Es más: yo creo que llevados a la pantalla los gráficos del *Ars Magna* y estableciendo un movimiento armónico de sus dibujos, podríamos realizar a la perfección el pensamiento de Lulio, y comprenderíamos cómo la verdad de las cosas entra por los ojos lo mismo que la luz. Es necesario llevar el cine a los horizontes del pensamiento. La psicología espera verse estudiada en una proyección de luz y de movimiento.

Lo malo es que las realizaciones cinematográficas se han llevado desde un principio, por motivos de orden económico, a las multitudes, y no ha sido posible poner en práctica todos los recursos técnicos del aparato proyector y de la película que en él se desarrolla para descubrimientos de la inteligencia y la cultura.

Lulio es un moderno; pero su idea y su realización de la contigüidad no pasan de la Lógica; de lo contrario, no le hubiera encontrado Menéndez Pelayo entre Platón y Hegel, porque su lugar estaría entre los atomistas, al lado de Leucipo, Demócrito, Epicuro, Lucrecio y, pasando a los filósofos posteriores a él, Bacon, Dalton y, en no escasa porción, Descartes. No. Lulio, hombre de su época, no precipita la contigüidad a los extremos que han dado en nuestro tiempo el hipertamismo, por el cual se trueca en todo el sentido etimológico y la significación gramatical de la palabra, como indivisible, lo que no puede dividirse.

Lulio, desde la cumbre de la Edad Media, ya próximo a los años decadentistas de Guillermo de Occam, es una gloria española y un puntal de importancia en nuestro edificio filosófico, junto a Séneca, Vives y Suárez.

